

SEGUIR AL CORDERO
DONDE QUIERA QUE VAYA
(Ap 14,4)¹
(AGNUM IUGITER SEQUI)

Maur Esteva I Alsina, OC²

Hazme ver la luz de tu rostro y seré salvo (Sal 79,4)

Después del accidente padecido el día 25 de septiembre del año 2006 – que para mí fue como una caída similar a la de Pablo en el camino de Damasco³–, tengo el presentimiento cada vez más vivo de acercarme, de manera inexorable, al final de mi vida, viendo con serenidad cómo declina su curso.

Por la manera en que se desarrolló el hecho, ya podría haber sido aquel mismo día el último, o haber quedado tetraplégico o en coma crónico, pero *el Señor se apiadó de mí y me dio una nueva tregua⁴*, una última oportunidad, un tiempo de gracia para meditar sobre mi pasado y releerlo con corazón sincero, confrontándolo con el Sermón de la Montaña, cosa que todavía no había hecho nunca. Debo confesar que ya llevaba cuarenta y ocho años en el monasterio,

1 Este texto no fue conocido en vida del autor. Agradecemos a la Abadía de Poblet por habernos permitido reproducirlo. Artículo publicado en francés en *Collectanea Cisterciensia* 77 (2015), pp. 48-62.

2 Abad General emérito de la Orden Cisterciense.

3 A pesar de que en la Biblia (*Hch* 9) solamente hallamos el relato de la caída, Caravaggio (1573-1610), entre otros, pintó la conversión con un Pablo bajo el caballo, como podemos ver en la iglesia de Santa Maria del Popolo, en Roma. Josef HOLZNER, en su biografía *Paulus, sein Leben und seine Briefe*, tantas veces editada y traducida en diversos idiomas, hace una descripción de la caída del caballo, cuando comenzó el encuentro de Pablo con el Señor.

4 La *Regla de San Benito*, Pról. 36-37, lo dice con estas palabras: “Por esto nos son ofrecidos de tregua los días de esta vida, para enmienda de nuestras maldades, tal como dice el Apóstol: *¿No quieres reconocer que la bondad de Dios te invita a la conversión?*” (*Rm* 2,4).

veinticinco años como Abad de Poblet y once como Abad General; “que había visto muchas cosas de la Iglesia (y de la Orden), había hablado mucho y escrito, pero todavía no había llegado a ser cristiano, sino que, salvaje y rebelde, continuaba siendo el único dueño de mí mismo [...]. La Biblia, y en particular el Sermón de la Montaña, me han liberado de esto. Después todo ha cambiado. Una liberación inmensa. He comprendido claramente que la vida de un servidor de Cristo debe pertenecer a la Iglesia; y, paso a paso, se ha precisado esta exigencia absoluta⁵”.

Pasado poco más de un año del accidente y después de la última revisión médica, las palabras del papa Benedicto XVI en su segunda encíclica, promulgada el 30 de noviembre de 2007, iluminaron mi mente en aquel tiempo de reflexión: “Es el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos. En ese momento, todo lo que se ha construido durante la vida puede manifestarse como paja seca, vacua fanfarronería, y derrumbarse. Pero en el dolor de este encuentro, en el cual lo impuro y malsano de nuestro ser se nos presenta con toda claridad, está la salvación. Su mirada, el toque de su corazón, nos cura a través de una transformación, ciertamente dolorosa, “como a través del fuego”⁶, pero un fuego de llama iluminadora⁷. En el comentario de San Agustín al capítulo octavo del Evangelio de San Juan, acaba el encuentro de Cristo con la mujer adúltera diciendo: “Quedaron solos la mísera y la misericordia”, es decir, “el fuego y la paja”.

El contacto con este *fuego* que es Cristo, la Encíclica *Spe salvi*, en tono consolador, nos lo explica así: “Algunos teólogos recientes piensan que el fuego que arde, y que a la vez salva, es Cristo mismo, el Juez y Salvador. El encuentro con Él es el acto decisivo del Juicio. Ante su mirada, toda falsedad se deshace. Es

5 El párrafo precedente es la adaptación de un texto de Dietrich BONHOEFFER, literalmente transcrito en esta nota al pie de página de la meditación, pero cambiando algunas palabras de ella a fin de apropiárselas a mi vida. Ver Fulvio FERRARIO, *Dietrich Bonhoeffer*, Claudiana Editrice, Torino 1999, p. 22. El texto literal de Bonhoeffer dice así: “Yo había visto mucho de la Iglesia y de ello había hablado mucho y escrito, pero todavía no había llegado a ser cristiano, sino que, salvaje y rebelde, continuaba siendo el único dueño de mi vida [...]. La Biblia, y en particular el Sermón de la Montaña, me han liberado de esto. Después todo ha cambiado. Me he dado cuenta claramente y también los demás a mi alrededor. Una liberación inmensa. He comprendido claramente que la vida de un servidor de Cristo debe pertenecer a la Iglesia; y, paso a paso, se ha precisado esta exigencia absoluta”.

6 BENEDICTO XVI, Encíclica *Spe salvi*, 47.

7 Que nos recuerda el texto del *Sal* 118,105: *Lámpara es tu palabra para mis pasos, luz en mi sendero*.

el encuentro con Él lo que, quemándonos, nos transforma y nos libera para llegar a ser verdaderamente nosotros mismos”⁸. Este encuentro con el Señor, *fuego que arde* y hace conocer la propia verdad de nuestra vida real –no la que a menudo aparentamos–, parece haber sido anticipada para mí, porque, transcurrido un mes de convalecencia –después de aquella caída que me dejó inconsciente y requirió dos intervenciones quirúrgicas con anestesia general en el espacio de cuatro días–, volví a mi frenética actividad de antes, con la intención, aparecida en cuanto

8 Cf. *Spe salvi*, 47 y también Joseph RATZINGER, *Escatología* § 7, F. Pustet, Regensburg 1977 y cuarta edición de Cittadella Editrice, 2005. No son solamente los teólogos modernos quienes hacen esta identificación de *Cristo fuego*, sino que, afortunadamente, también lo era para un monje cisterciense del siglo XII, para quien el carbón encendido es San Benito y nosotros carbones fríos. En efecto, el Abad Elredo de Rieval tiene un bello texto que transcribo literalmente en lengua latina:

Quid enim est sanctus Benedictus, nisi quasi quidam carbo ardens in illo altari coram Deu? Quid sumus nos, nisi quasi carbones adhuc frigidi, qui non sentimus illum mirabilem ignem divini amoris quo ipse ardet? Ergo, fratres adiungamus nos ad ipsum; consideremus fervorem vitae eius, caritatem cordis eius, et inde accendamus, inde ardeamus. Nullo enim modo possumus melius et perfectius vincere concupiscentiam carnis quam si adhibeamus ei ignem caritatis. Quid est enim illa concupiscentia carnis quae concupiscit adversus Spiritum, nisi quaedam naturalis rubigo animae? Ideo adhibeamus ignem.

Nemo enim potest salvus esse nisi per ignem. Sed est ignis tribulationis et est ignis amoris. Uterque hic ignis consumit rubiginem animae. David purgatus est per ignem tribulationis, Maria Magdalene per ignem amoris. Nam sicut dicit Dominus, dimissa sunt ei peccata multa quondam dilexit multum. Verum fratres, ut mihi videtur, uterque purgatus est per ignem tribulationis, uterque per ignem amoris. Nam in David erat magna vis amoris, qui ait: Diligam te domine, fortitudo mea. Et in penitentia sanctae Mariae fuit magnus ignis tribulationis. (Opera Sancti Aelredi Rievallensis, vol. II Sermón 37 In Natali Sancti Benedicti, ns. 21-22).

(Traducción:) “¿Pues qué es san Benito sino una brasa ardiente (cf. *Ez* 1,13) en el altar sagrado delante de Dios? ¿Qué somos nosotros sino carbones aún fríos que no sentimos aquel admirable fuego del amor divino en el que él está ardiendo? Por tanto, hermanos, juntemonos a él; pensemos en el fervor de su vida, el amor de su corazón, y después prendámonos fuego y ardamos. De ningún modo mejor y más perfecto podemos vencer la concupiscencia de la carne que aplicando el fuego del amor. ¿Pues qué es esa concupiscencia de la carne que “anhela contra el Espíritu” (cf. *1 Jn* 2,16; *Ga* 5,17), sino una herrumbre natural del alma? Por tanto, ¡unámonos al fuego!

Pues nadie puede salvarse si no es a través del fuego (cf. *1 Cor* 3,15). Pero hay un fuego de la tribulación y un fuego del amor. Ambos fuegos quitan la herrumbre del alma. David fue purificado con el fuego de la tribulación; María Magdalena por el fuego del amor. Pues como dice el Señor, se le perdonan sus muchos pecados porque ha mostrado mucho amor (cf. *Lc* 7,47). En realidad, hermanos, me parece que ambos fueron purificados por el fuego de la tribulación y por el fuego del amor. En David era tan grande la fuerza del amor que dijo: *Te amo, Señor, mi fortaleza* (cf. *Sal* 17,2). Y en la penitencia de Santa María grande fue el fuego de la tribulación”.

recuperé el conocimiento y todavía dentro de la ambulancia, de mostrar que no había habido ningún vacío de poder, como comúnmente decimos, y que todo estaba bajo control. Pero, después de dos viajes centroeuropeos y dos intercontinentales hechos en el espacio de un par de meses, fue cuando empezó, paso a paso, mi rumiar, estimulado por el encuentro luminoso y ardiente, portador de paz y de verdad a través del cual Él me quiso decir: *Yo estoy junto a la puerta y llamo*⁹, aviso que hasta entonces no me había apropiado, a pesar de que sabía que *como un tejedor devanaba yo mi vida y me cortan la trama*¹⁰.

Pero la chispa, la centella que inflamó *la paja seca* y la *vacua fanfarronería* de las cosas edificadas durante mi vida, también ha sido –¡y en qué manera!– el recuerdo de la meditación de Pablo VI sobre la muerte, leída y releída tantas veces en su testamento póstumo: «Aquí aflora a la memoria la pobre historia de mi vida, entretejida, por un lado, con la urdimbre de singulares e inmerecidos beneficios, provenientes de una bondad inefable (es esta que espero podré ver un día y “cantar eternamente”); y, por la otra, cruzada por una trama de míseras acciones que sería preferible no recordar, por tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas. *Tu scis insipientiam meam: “Dios mío, tú conoces mi ignorancia”* (Sal 68,6). Pobre vida débil, enclenque, mezquina, tan necesitada de paciencia, de reparación, de infinita misericordia. Siempre me parece suprema la síntesis de San Agustín: miseria y misericordia. Miseria mía, misericordia de Dios. Que al menos pueda honrar a Quien Tú eres, el Dios de infinita bondad, invocando, aceptando, celebrando tu dulcísima misericordia¹¹».

Hacer la lectura de mi propio comportamiento a lo largo de mi vida, las actitudes que he tenido, los sentimientos que he alimentado, las motivaciones que me han movido a actuar casi por una suerte de determinismo bajo el impulso

9 Por la importancia que tuvo para mí su lectura en aquel momento, creo necesario transcribir todo el fragmento de Ap 3,17-20: *Tú andas diciendo: “Soy rico, estoy lleno de bienes y no me falta nada”. Y no sabes que eres desdichado, digno de compasión, pobre, ciego y desnudo. Por eso, te aconsejo: cómprame oro purificado en el fuego para enriquecerte, vestidos blancos para revestirte y cubrir tu vergonzosa desnudez y un colirio para ungir tus ojos y recobrar la vista. Yo corrijo y reprendo a los que amo. ¡Reanima tu fervor y arrepíentete! Yo estoy junto a la puerta y llamo.* Fue una tímida llamada más, pero, pasados unos meses, se hizo cada día más persistente y clara su voz.

10 Is 38,12.

11 PABLO VI, *Meditación ante la muerte*. Texto póstumo aparecido en *L'Osservatore Romano* el 5 de agosto de 1979.

del defecto de fabricación, me ha hecho ver que si todo era voluntad de Dios el producto final, que soy yo, también lo es. ¿Cómo salir de esto?

Solamente después de haber conocido y asumido la inconsistencia fundamental, el defecto de fabricación –mejor dicho, de auto-fabricación, porque proviene de raíces hundidas en el contexto socio-económico-religioso y político que me configuró tal como soy–, se puede comenzar la recapitulación en Cristo y encontrar nuevas motivaciones, nuevos sentimientos y actitudes, nuevos comportamientos, en fin, la transformación en Cristo de la que habla Pablo a los Efesios: *Les ruego que vivan como pide la vocación a la que han sido llamados. Sean siempre humildes y amables, sean comprensivos, sobrellévense mutuamente con amor, esforzándose en mantener la unidad del Espíritu con el vínculo de la paz; y que repite a los Colosenses: Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de compasión entrañable, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia*¹².

Esta transformación la encontramos en otros textos de los escritos de Pablo: *Él nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo, para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor. Él nos ha destinado en la persona de Cristo, por pura iniciativa suya, a ser sus hijos, para que la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo, redunde en alabanza suya. Por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados. El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia ha sido un derroche para con nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad. Este es el plan que había proyectado realizar por Cristo cuando llegase el momento culminante: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra*¹³.

He aquí, pues, cómo comenzó mi contacto con Cristo fuego, “luz que brilla en las tinieblas”¹⁴ y me hace *ver las cosas de mi vida como paja seca, vacua fanfarronería*; por esto, no puedo jactarme de nada, sino *llegar a ser verdaderamente yo mismo*¹⁵. Comprender que Dios no actúa en lo irreal, sino en

12 Cf. *Ef* 4,1-3; *Col* 3,12.

13 *Ef* 1,4-10.

14 Cf. *Sal* 111,4.

15 BENEDICTO XVI, *Spe salvi*, 47. Este juicio, que es el contacto con *Cristo fuego* del cual habla la encíclica, lo encontramos en otras palabras: “Es inútil buscar señales misteriosas de

lo concreto de la miseria de cada uno, en la realidad del pecado, aunque parezca una paradoja: lo que creíamos y admitíamos como pecado, Dios lo aprovechaba para establecer su diálogo y reconducirnos hacia Él, como nos dijo: *Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo los aliviaré. Carguen mi yugo y aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontrarán descanso, porque mi yugo es suave y mi carga liviana*¹⁶. Pero hay que saber leer esta manera de obrar de Dios en lo concreto de mi miseria, mientras se quema *la paja de mi vida*. ¿Qué me quiere hacer leer el Señor en lo concreto de la miseria de mi vida? Pablo VI hablaba de *miseria mía y misericordia de Dios*, citando a San Agustín en su comentario al Evangelio de la mujer adúltera¹⁷, donde escribía: *Quedaron solos la mísera y la misericordia*, el fuego y la paja. Más o menos como ocurrió con la Samaritana, después de haber tenido con ella el diálogo del agua viva¹⁸ y adivinado su estado civil –había tenido cinco maridos y el actual no era el suyo–. Pero todavía más sorprendente fue la respuesta de ella: “*Sé que el Mesías, llamado Cristo, debe venir. Cuando él venga, nos anunciará todo*”. Jesús le respondió: “*Soy yo, el que habla contigo*”¹⁹. Se le reveló, ¡y precisamente a ella que había tenido cinco maridos! Porque Dios no actúa en lo irreal –ya lo hemos dicho y repetido antes–, sino en lo concreto de la miseria de cada uno, en la realidad del pecado, es decir, por vía negativa, pues *Dios sometió a todos a la desobediencia, para tener misericordia de todos*²⁰.

la venida del Reino. El Reino ya está presente en cualquier lugar donde la acción de Cristo es continuada y actualizada. Juntamente con el Reino de Dios, el Juicio del Hijo del Hombre se realiza en la historia: él viene para manifestar la verdad de vida de todos. Esta manifestación del Hijo del Hombre es siempre un momento grave y decisivo: de él depende la salvación o la destrucción de cada uno. Serán salvados aquellos que, como Jesús, han hecho de sus vidas un don para los demás”. Cf. *Biblia Sagrada*, Edição pastoral, Paulus, São Paulo 1990, nota al cap. 17,20-21. 22-39 del Evangelio de Lucas. Tanto Dietrich Bonhoeffer como Pablo VI, Joseph Ratzinger y Juan Pablo II han hablado de Cristo como *un hombre para los otros*.

16 Mt 11,28-30.

17 Jn 8,6-7. El papa Benedicto XVI, el domingo 25 de marzo de 2007, en la parroquia de Santa Felicidad e hijos, mártires, después de comentar Jn 8,7: *El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra*, considerando el silencio de los acusadores de la escena de la adúltera, el Papa, a lo dicho, añadió el contundente comentario de san Agustín, conciso y eficaz, al evangelio de Jn 8,7 y ss.: *Quedaron dos: la mísera y la misericordia*.

18 Jn 4,7-26. No solamente el sermón del agua viva, sino también la confesión de Jesús: *Soy yo, el que habla contigo*.

19 Jn 4,25-26.

20 Rm 11,32.

Si los otros juzgan que ha habido cosas más o menos bien logradas en mi trabajo, se equivocan completamente, porque son las que Él llevó a término a través de sus hijos, los hombres que se presentaron en mi entorno; pero no son más, tal y como dice San Benito: “Cuando viere en sí algo bueno, atribúyalo a Dios, no a sí mismo; en cambio, sepa que el mal siempre lo ha hecho él e impúteselo a sí mismo”²¹.

Entonces, como una especie de conclusión realista y lógica, empecé también a darme cuenta de que debía dejar mis responsabilidades y, desde hace cierto tiempo, comencé a tomar medidas para transmitir las –lo más claramente posible– a quien deberá continuarlas, mejor de lo que lo he hecho yo. Y desde ya le pido disculpas, tanto por las cosas no terminadas como por las situaciones todavía no resueltas.

Cuando esté exonerado, espero que, de una manera u otra, y tal vez también con nueva fuerza y claridad –así lo deseo–, nuevamente, seguro, «aflorará a la memoria la pobre historia de mi vida, entretrejida, por un lado, con la urdimbre de singulares e inmerecidos beneficios...; y, por la otra, cruzada por una trama de miserables acciones que sería preferible no recordar, por tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas. *Tu scis insipientiam meam: “Dios mío, tú conoces mi ignorancia” (Sal 68,6)*²²», hecha evidencia en mi incompetencia para las funciones que he ejercido. Y así, dejándome quemar en esta confrontación con *Cristo, el fuego que devora*, esperar la hora del último encuentro con Él, *juez justo, lento a la ira y rico en piedad*²³, que acoge a los no religiosos, *a los publicanos*²⁴, tal como leemos en el Evangelio.

¿Quién soy y dónde estoy? ¿Cómo he llegado hasta aquí y por qué he llegado? ¿Cuántos errores cometidos y sufrimientos causados por mí! Del cristiano he dicho muchas veces que, imitando al Maestro, debe ser *uno con los otros y para los otros*²⁵; pero ¿cuándo lo he hecho personalmente? Y cuando,

21 RB 4,42-43.

22 PABLO VI, *Meditación ante la muerte*, 1979.

23 Cf. Nm 14,18.

24 Cf. Mt 9,9-13.

25 Frase de Dietrich Bonhoeffer muy conocida y que Joseph Ratzinger se apropió en su libro *Introducción al Cristianismo*, Ed. Sígueme, 1969, y a la que Pablo VI dio nuevo valor al citarla durante una audiencia general el 29 de marzo de 1972. El cardenal Wojtyła también

a menudo, he repetido que «el cristiano es precisamente aquel que “de manera secular” participa (sufre con), en esta vida, en el sufrimiento de Dios²⁶», presente allí donde viven “los más pobres, los más humildes y perdidos²⁷”, ¿no han sido también solamente palabras? Mi corazón no sabe encontrar Tu senda, el camino de los solitarios...., “por donde tú caminas, entre los más pobres, los más humildes y perdidos”. Pero, si soy uno de estos perdidos, ¿no será que tal vez tú ya estás cerca de mí y sufres en mí como el Cordero, el *Logos* que arrastra sobre sí la naturaleza humana? Si es así, tú sabes *cuán grandes son, Señor, las penas que sufro*²⁸, y ¿también conoces las que he sufrido y cuán cansado estoy de soportarme! Como cada uno al venir al mundo, llevo *una ley que, instalada justamente en medio de mi existencia, me tiene prisionero del pecado*²⁹, como escribe Pablo, es decir, la propia inconsistencia fundamental, mi defecto de fabricación. Todo el mundo, por triste experiencia, conoce el suyo, que lo mantendrá en contacto permanente *con el fuego purificador que es Cristo*. Saber esto ahorrará otro dolor, fruto de distinciones propias de una determinada filosofía³⁰, y evitará expresiones como

la empleó para explicar a los seminaristas de Eslovaquia, acogidos en Cracovia, la figura del sacerdote. Véase en el film, en DVD, *Karol: el hombre que llegó a ser Papa*.

26 Dietrich BONHOEFFER, *Resistencia e resa*, Ed. S. Paolo 1988, Prólogo de Alberto Gallas, p. 11.

27 Rabindranath TAGORE en la introducción a la *Biblia sagrada*, Edição pastoral del Brasil, p. 10, donde he leído y traducido yo mismo este texto del portugués: “Esta es la superficie para tus pies, que descansan aquí, donde viven los más pobres, los más humildes y perdidos. Cuando intento inclinarme ante Ti, mi reverencia no consigue llegar a la profundidad donde tus pies reposan, entre los más pobres, los más humildes y perdidos. El orgullo jamás puede aproximarse a este lugar donde caminas con las ropas del miserable, entre los más pobres, los más humildes y perdidos. Mi corazón jamás puede hallar el camino donde haces compañía a los que no tienen compañeros, entre los más pobres, los más humildes y perdidos”. Mi búsqueda posterior me ha hecho llegar a la referencia exacta: *Ofrenda Lírica*, n° 10 (Gitánjali) Rabindranath Tagore, Premio Nobel de Literatura 1913. La traducción española fue hecha por Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia Camprubí, a quienes el autor dio la exclusiva. Este texto lleva tras de sí una extensa antología bíblica, principalmente en *Los humildes poseerán la tierra*.

28 Cf. *Sal* 118,107.

29 Cf. *Rm* 7,23.

30 Joseph RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 1969. Concretamente, en la segunda parte, en el número 9, cuando trata del *Desarrollo de la profesión cristiana en los artículos de fe cristológica*, en las pp. 263-272, en donde habla de Jesucristo y nos dice: “Cristo ha resucitado a la vida definitiva, a la vida que no cae dentro de las leyes químicas y biológicas” (no confundir resurrección con reencarnación); además de muchas otras cosas que nos hacen crecer en nuestra fe, como, por ejemplo, la resurrección de

esta: “No proyectar sobre la persona humana más dolor: ya tiene suficiente por el hecho de haber nacido”³¹, que parece querer decir: ya tiene el infierno aquí.

¡Cuarenta años de función abacial inútil! ¿Cómo lo has permitido, Señor? Mi paso por estas responsabilidades no han servido para nada, ni a Poblet, ni a la Orden. Avergonzado, recuerdo los muchos y graves errores. Por eso, a todos los que han tenido que soportarlos, les pido perdón. Todo debería ser meditado y hecho nuevamente. Pero hallándome ya en este ocaso revelador a la luz de Cristo, en esta hora vespertina, solamente ocupa mi pensamiento el afán de aprovechar la hora undécima para acabar de quitar impedimentos al camino de quienes vienen detrás de mí: que las Congregaciones de monjas de la Orden se consoliden y los jóvenes tengan oficialmente la oportunidad de recibir la formación que yo no tuve; dejar el Archivo de la Casa General (ACGOC) organizado y la economía de la Curia saneada. Y esto hacerlo, si Dios lo permite, antes de que sea demasiado tarde, y no para gloria mía, sino para el bien de todos los que vienen detrás de mí. Pero, ¿cómo reparar las malas acciones, los escándalos? ¿Cómo recuperar el tiempo perdido? ¿Cómo alcanzar, elegir –en esta última posibilidad de elección– *lo único necesario*³²? Confrontándome sinceramente con el *Cristo fuego*, a quien tantas cosas he antepuesto, a pesar de haber profesado según la *Regla* de San Benito, que nos dice: “No anteponer nada al amor de Cristo”³³.

Al menos ahora, cuando finalmente he aprendido, sin miedo, de qué *fuego* se trata, es preciso que me deje quemar sin anteponer nada a las llamas de *Cristo fuego*, el Maestro del Sermón de la Montaña que me ha hecho sentir al descubierto y enrojecer escuchándolo, porque “si no se llega a ser justo como estos hombres que luchan y sufren por la justicia, la verdad y la humanidad, no

la carne y el problema de la resurrección del cuerpo que encontramos en las pp. 307-315. Si las hubiésemos conocido a tiempo nos habríamos evitado expresiones que hallaremos en el punto siguiente, recordando *Les hores* de Josep Pla, que me permito leer así: “Cada uno ya tiene bastante con la propia cruz”, es decir, “la propia tara personal, el propio defecto de fabricación, sin etiologías bíblicas” (cf. Aldo MAGRIS, *Il mito del giardino di ‘Eden*, Morcelliana 2008), para explicar la dicotomía que llevamos dentro y que está desarrollada en nuestro contexto socio-económico-religioso, lo que nos ahorraría decir: “Ya tiene bastante por el hecho de haber nacido”.

31 Josep PLA, *Les hores*, Obra Completa, 20, Ediciones Destino 1971, p. 417. Es preciso leer la frase –me parece– en clave de la nota anterior.

32 Cf. *Lc* 10,41-42.

33 *RB* 4,21.

se puede reconocer a Cristo”³⁴. Esto es el fuego. Así se encuentran *el mísero y la misericordia*. ¿Quién es aquél que no se deja interrogar por Él para dejarle quemar su *paja seca*?³⁵

Desde que se iniciaron los Cursos de Formación Monástica en el Colegio San Bernardo de la Orden Cisterciense, en Roma, he comenzado una velada narración biográfica que está contenida entre las líneas de aquellas páginas dirigidas a los jóvenes monjes y monjas, con el fin de que puedan aprender de mis errores, aquello que ellos no deben hacer. Después de estos años pasados trabajando para los jóvenes de la Orden, me he sentido obligado a decir y escribir cosas para ellos, y también permitir a aquellos con los que he convivido y han podido hacer una lectura de mis acciones, releerlas ahora con nueva y reveladora luz. De este diálogo entre la misericordia de Dios y mi miseria, ha salido de mí, por gracia, como una especie de confesión al ver, en los hechos de mi vida, la paja que va quemándose al contacto con el *Cristo fuego* purificador³⁶ en estos días de tregua, para hacer emerger mi verdad carente de autenticidad, de amabilidad, de sencillez y de modestia.

Ahora no me queda más que acogerme a la “misericordia de Dios”³⁷, pues ya no puedo hacer ningún acto de reparación. No hay tiempo para rectificar,

34 Mario MIEGGE, premisa al libro de Alberto CONCI - Silvano ZUCAL, *Dietrich Bonhoeffer*, Morcelliana 1997, p. 26, donde se encuentra literalmente esta expresión para representar el efecto de la incorporación de las bienaventuranzas a la propia vida.

35 Transcribo un impresionante testimonio de este encuentro con el fuego de Cristo: “Creo haber llegado a comprender que habría sido verdaderamente claro y sincero, al menos interiormente, si empezara a trabajar seriamente a partir del Sermón de la Montaña... Hay cosas, finalmente, por las que vale la pena comprometerse sin reservas. Y me parece que la paz y la justicia social, o propiamente Cristo, son cosas de este tipo”. Dietrich BONHOEFFER, *Gesammelte Schriften* II (*Gesammelte Schriften* I-III a cargo de Eberhard Bethge, München 1959-1974), pp. 24 y ss. Mencionado también por Renate WIND, *Dietrich Bonhoeffer*, Ed. Piemme, Casale Monferrato 1995, pp. 53 y ss., que transcribe una carta escrita a su hermano mayor Karl Friedrich Bonhoeffer el día 14 de enero de 1935. Así pues, hasta entonces (1935), no le fue dado a Dietrich Bonhoeffer experimentar la concreción de Dios tomando seriamente el Sermón de la Montaña, cuando ya tenía 29 años y era docente desde hacía tiempo. A mí, en cambio, me ha sido dado experimentarlo 48 años más tarde de los que tenía él cuando se dio cuenta de ello.

36 Cf. *Spe salvi* y también San AGUSTÍN en *Comentarium in c. 8 Evangelii Sancti Joannis*, el encuentro con la mujer sorprendida en adulterio y presentada a Cristo para que la juzgara.

37 Cf. *RB* 4,74, frase lapidaria puesta en el último lugar de la lista de los instrumentos de la buenas obras, como si quisiera decir: aunque todos los otros instrumentos te hayan fallado, que este quede firme.

ni puedo volver atrás porque la vida camina en sentido único. Solamente me queda asumir mis desaciertos, reconocer la “trama de míseras acciones que sería preferible no recordar, por tan defectuosas, imperfectas, equivocadas, tontas, ridículas” como son³⁸, es decir, paja seca quemada lentamente al calor de *Cristo fuego*, ¡y basta! No encuentro que en las cenizas quede rastro de la presencia de aquellos “principios sociológicos, fundados en el derecho natural, que en estos últimos tiempos han sido percibidos con mayor nitidez y proclamados con gran insistencia por el Magisterio de la Iglesia (*Mater et Magistra, Pacem in terris...*). Entre los cuales son muy importantes para nosotros los principios correlativos de personalismo y solidaridad, y también los de subsidiariedad y legítimo pluralismo dentro de la unidad necesaria” que la Orden, hace años, había proclamado³⁹, y que yo había repetido a diestra y siniestra.

¡Mis familiares tuvieron tanta paciencia conmigo! Como también la tuvieron quienes me recibieron en Poblet y, a pesar de todo, se hicieron responsables de mí, sin imaginar –ni ellos ni yo– el camino que me han visto recorrer y que, por la misericordia de ellos y la de Dios, ha avanzado hacia delante –¡pero no bien!–; pues ni esto he sabido leer con agradecimiento y arrepentimiento. Tampoco puedo hablar de perseverancia, ni de fidelidad a la vocación, porque se me presenta a menudo la pregunta: ¿es que verdaderamente tenía vocación?; ¿es que no había otro camino para mí? También alguien ha escrito: “Nadie debe pedir la ordenación sin la certeza de haber sido llamado”⁴⁰. ¿Por qué, pues, me parecía tener la seguridad de haber sido llamado como por una especie de determinismo? ¿Qué señales tenía para continuar adelante? A veces, incluso, he pensado esto: la falta de candidatos puede hacer que se abran las puertas del monasterio a todos los que llaman y... ¿no podría haber sido este mi caso?

Después del padecimiento sufrido, causado por estas últimas preguntas, viviendo en el *fuego*, no puedo, como Pablo VI en su meditación sobre la muerte, preguntarme: «¿Por qué me has llamado? ¿Por qué me has elegido? ¿Tan inepto, tan reacio, tan pobre de mente y de corazón? Lo sé: *Quae stulta sunt mundi elegit Deus... ut non gloriatur omnis caro in conspectu eius*: “Elegió Dios la necesidad

38 PABLO VI, *Meditación ante la muerte*, 1979.

39 *Declaración del Capítulo General (1968-1969) sobre los principales elementos de la vida cisterciense actual*, nº 83, tan importante para nuestra identidad monástica.

40 Dietrich BONHOEFFER, *La Parola predicata. Corso di omiletica a Finkenwalde*, Ed. Claudiana, Torino 1994, p. 33.

del mundo... para que nadie pueda gloriarse delante de Dios” (1 Co 1,27-28). Mi elección indica dos cosas: mi pequeñez y tu libertad, misericordiosa y potente, que no se ha detenido ni ante mis infidelidades, mi miseria, mi capacidad de traicionarte: *Deus meus, Deus meus, audebo dicere... in quodam aestasis tripudio de Te praesumendo dicam: nisi quia Deus es, iniustus esses, quia peccavimus graviter... et Tu placatus es. Nos Te provocamus ad iram, Tu autem conducis nos ad misericordiam:* “Dios mío, Dios mío, me atrevería a decir... en una alegría extática, sería lo bastante presuntuoso para decir: si no fueses Dios, serías injusto, porque hemos pecado gravemente... y Tú te has aplacado. Nosotros te provocamos a la ira y Tú, en cambio, nos conduces a la misericordia” (PL 40,1150)⁴¹». Estas palabras me serían de consuelo, ¡pero fueron dichas por él, el papa Pablo VI! —me respondo, sin apropiármelas—, y así, me quedo en el *fuego devorador* y también, afortunadamente, *purificador*.

Ahora, en estos días que son los penúltimos, en esta tregua que Dios me da, cuando mis familiares y los monjes que me conocieron y soportaron ya pasaron río abajo, me toca hacer la reconciliadora lectura, más viva que nunca, de mi pobre contexto socio-económico-religioso y político que me configuró tal como soy, tanto en la infancia y la juventud, como en el monasterio y en la Orden. Es decir, reconciliarme con mi cultura de la pobreza para aprender que, a pesar de toda la decadencia vivida en las fuentes culturales de baja extracción y la confusión interior que ella crea⁴², finalmente, con la fuerte sacudida que fue

41 PABLO VI, *Meditación ante la muerte*, 1979.

42 Antonio GAMONEDA, *La cultura de la pobreza*. Discurso pronunciado por el autor en el momento de recibir el Premio Cervantes el 23 de abril del año 2007, momento en el que habla con una gran sinceridad de sus fuentes culturales de baja extracción. Otros como él podemos suscribirnos a todo lo que el laureado dijo en esta ocasión, incluso lo que calló, pero que podría haber completado si hubiese hecho una descripción de otros aspectos vividos en la cultura de la pobreza y el sufrimiento. Haciéndolo así nos habría ahorrado desnudarnos a fin de mostrar las semejanzas existentes entre él y nosotros. Recientemente, también ha escrito algo parecido Silvia ALCÁNTARA que, en su novela *Olor de Colonia*, Barcelona 2009, Ed. 1984, describe el contexto socio-económico y político-religioso de uno de los centros industriales textiles, llamados colonias, construidas para aprovechar la fuerza hidráulica del río Llobregat y casi todos los otros: Ter, Fluvià, Cardoner..., cuando en el siglo XIX llegó la Revolución Industrial a Cataluña. Su contexto no estaba lejos de aquel en el que yo nací y viví hasta la edad de doce años. Quien ha bebido en las fuentes culturales de baja extracción, conserva de ellas, generalmente, el propio léxico y un típico temperamento de evasión —a veces incluso sarcástico— para disimular, intentando por un momento esconder las angustias, tristezas, privaciones y frustraciones que las envuelven, pero que se manifiestan en una cierta manera de comer primitiva y un estilo particular en la forma de vestir; incluso en la forma

aquel accidente del año 2006, el Señor me ha hecho ver, ya al final de la jornada, que el Evangelio también es para mí, aunque sea entre los últimos llamados: *Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación*⁴³. Pero ahora sobran las palabras y los escritos de reconciliación, porque ya no soy quien era cuando, viviendo en la ceguera, era el momento de hacerlo y no lo supe hacer. En este momento, explicado con palabras leídas y tomadas prestadas en las páginas de la “razón narrativa”, puedo formularlo, más o menos, así:

“Las personas que pasaron a la otra orilla, no nos acordamos ya de sus defectos, de sus inconvenientes, de las reacciones que tuvieron con nosotros y que nos impulsaron a tratarlas con dureza y, a veces, a menudo, con absoluto desprecio. Las personas que pasaron a la otra orilla, ya no nos acordamos más de los momentos de silencio, de frialdad, de malicia, de odio que tuvimos para con ellos. Los muertos gozan de esta ventaja; dejan de ser pesados, su gesticulación ya no es ridícula, no vemos más su rostro, sus palabras ya no hieren. Se convierten en sombras melancólicas de nuestra memoria incierta. Y los vivos tenemos esta desventaja: sentir la espina de lo que pudimos hacer y no hicimos, de lo que habríamos podido ahorrar y no ahorramos, de lo que habríamos podido dar y no dimos. ¡De lo que habríamos podido hacer, ahorrar, entregar, decir con tan poco esfuerzo o con un mínimo esfuerzo! Pero ya es tarde. Las

de jugar, sin los juguetes que tienen los niños, y en la manera de divertirse de la juventud; en una singular visión del mundo y en un ridículo estilo de deformar la toponimia y de utilizar la gramática: por ejemplo, en lugar de decir “allí arriba” se cambiaba por “allí p’arriba”. Esto podría ilustrarse con muchos otros ejemplos, según el contexto vital. Salir de estas fuentes culturales de baja extracción es casi imposible, por mucho que uno se avergüence de haber tenido que beber en ellas y se esfuerce por alejarse de ellas, hasta el punto de creer haberse liberado ya que siempre, aparecerá algo que pondrá en evidencia sus orígenes. Así pues, a nadie se le da poder escoger entre nacer en un palacio real o en el portal de Belén.

No se puede decir que el tema esté superado porque las distancias sociales se han acortado, pues el contexto cultural solamente se asume, pero salir del todo de él es muy difícil, casi imposible, y hay que poder llegar a decirse a uno mismo: soy de baja extracción cultural y basta; huelo a colonia, un olor que no se puede disimular con ninguna clase de perfume, ni aunque sea frecuentando la universidad, ni aun llegando a ser doctor *honoris causa*. Solamente queda, como remedio consolador, reconciliarse con el contexto. Hay que decir, sin embargo, que nadie nace enseñado, culturizado: toca el contexto vital que toca a cada uno, sin poder elegir otro. El hecho de haber nacido en una familia adinerada no quiere decir que no se sea pobre culturalmente. En nuestro tiempo, afortunadamente, se han llegado a nivelar las diferencias sociales.

lamentaciones son inútiles, vacíos son nuestros arrepentimientos, las reparaciones son estériles. Y esto pone en nuestra vida una proyección de sombra y de tristeza. La vida de la memoria nos invade y presiona nuestra existencia presente. Pero ya no hay remedio, todo es inútil, las lamentaciones no tienen ningún sentido. El tiempo es irreversible, y lo que ha sido, ha sido, pura y simplemente. Envenenamos la vida de las personas que más amábamos. A las personas indiferentes no les hicimos, tal vez, ningún daño, precisamente porque lo eran, porque no habíamos entrado en su vida. En cambio, amargamos la vida de las personas que más amábamos. ¿Qué deben pensar de nosotros estas personas que llegaron a la paz definitiva? ¿Qué deben pensar de nosotros nuestros mejores amigos? Deben pensar, tal vez, que más les habría valido una atención, una mirada amable, una sonrisa, un gesto cordial, cuando ellos vivían, antes que todos estos vanos remordimientos póstumos⁴⁴.

Pero la Encarnación de Dios en Cristo ha unido de tal manera juicio y misericordia que la justicia viene establecida con firmeza: «Todos nosotros esperamos nuestra salvación “con temor y temblor” (Flp 2,12). No obstante, la gracia nos permite a todos esperar y encaminarnos llenos de confianza al encuentro del Juez, que conocemos como nuestro “abogado”, *parákletos* (cf. 1 Jn 2,1)», leemos en la *Spe salvi*⁴⁵. Y por eso también puedo decir: “*Hazme ver, Señor, la luz de tu rostro y seré salvado*”⁴⁶, éste debe ser el camino más fácil para mí, el que está al alcance de todos, pues “sabemos que en la Iglesia existe un “estado de perfección” en el que uno se obliga a cumplir lo que no está mandado, superando así la ley. Pero los que pertenecen a él son los primeros en afirmar que siempre

44 Josep PLA, *Les hores*, Ediciones Destino, Obra Completa, 20, Barcelona 1971, pp. 409-410. Al hablar de los fieles difuntos, el autor, a quien un conocido escritor y editor denomina “la razón narrativa” (cf. Josep. M. CASTELLET, *Josep Pla o la raó narrativa*, Barcelona 1978), además de habernos enseñado a escribir, nos ha hablado de otras cosas, como, por ejemplo, de los sentimientos de arrepentimiento y agradecimiento hacia nuestros difuntos, y también a no confundir resurrección con reencarnación para no espantar a la gente con el fuego eterno (ver la cita de Joseph Ratzinger y también la de Aldo Magris en la nota 28 de esta meditación). Muchos años antes, Dietrich Bonhoeffer escribió: “Lo que ha pasado regresa a nosotros como la parte más viva de nuestra vida a través del agradecimiento y del arrepentimiento” (cf. Ugo PERONE y Marco SAVERIANO, *Dietrich Bonhoeffer. Eredità cristiana e modernità*, Claudiana 2006, p. 216, y también Dietrich BONHOEFFER, *Resistencia y sumisión*, Ed. Ariel 1969, p. 88).

45 *Spe salvi*, 47.

46 Cf. *Sal* 79,4.

están empezando, que siempre anhelan algo más. El “estado de perfección” revela dramáticamente la perpetua imperfección del hombre⁴⁷. Por esto, porque pertenezco al estamento de los que deben hacer esta dramática confesión, tengo que ampararme *bajo la luz de tu mirada*, el único camino a través del cual puedo caminar, y el más adecuado para mí, porque sé que aquello que es “*imposible para los hombres es posible para Dios*”⁴⁸; y me mantengo en él porque está hecho a mi medida, pues por él “avanzan los vestidos con ropas miserables, los más pobres, los más humildes y perdidos”⁴⁹, es decir, aquellos en cuyo sufrimiento Dios está presente⁵⁰. Y yo soy uno de ellos, uno de los perdidos.

Ahora, en la imposibilidad de hacer ni manifestar nada, me acuerdo de las preguntas del salmista: *¿Es que el Señor nos rechaza para siempre y ya no volverá a favorecernos? ¿Se ha agotado ya su misericordia, se ha terminado para siempre su promesa? ¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad o la cólera*

47 Joseph RATZINGER, *Introducción al Cristianismo*, Ed. Sígueme, Salamanca 1969, p. 223; y *RB 73*, donde leemos que la *Regla* de san Benito ha sido escrita para principiantes, para aquellos que se hallan al inicio, que son siempre novicios.

48 *Lc 18,27*.

49 Rabindranath TAGORE, ver nota 27 de este escrito. La viñeta del Cordero de Dios que encabeza el texto, en lugar de una tradicional cruz, me recuerda el texto de Tagore, porque el Logos, la Palabra de Dios se hizo carne (*Jn 1,14*), tomó nuestra misma naturaleza (la oveja prisionera de las pasiones) y nos enseñó el camino de retorno a Dios (el Sermón de la Montaña). “Tomó sobre sí –en palabras de Tagore– las ropas del miserable, vivió entre los más pobres, los más humildes y perdidos”. He aquí el Cordero de Dios que lleva sobre sí el pecado del mundo, es decir, la naturaleza humana prisionera de su defecto de fabricación personal. El Cordero, pues, lleva nuestra naturaleza adondequiera que va: *Agnum iugiter sequuntur* (cf. *Jn 1,36* y *Ap 14,4*).

50 Hemos dicho y repetido que no es solamente el acto religioso (la gracia a buen precio, tarifada) lo que hace al cristiano, sino su participación en el dolor de Dios, en el sufrimiento del mundo, es decir, en las obras de misericordia, tal como Cristo en el juicio final dijo: “*Tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber*” (*Mt 25,31-46*); también encontramos en las bienaventuranzas: “*Felices los que lloran, porque ellos serán consolados*” (*Mt 5,4*); y lo repite el *Compendio del Catecismo de la Iglesia Católica* en el “Apéndice”, donde enumera las siete obras de misericordia espirituales, en concreto la quinta: *Consolar a los afligidos*. Cristo se identifica, pues, con todos los que sufren moral y físicamente, es decir, con aquellos en los que el dolor de Dios se manifiesta. Esto es: “ser” uno con los demás y “para” los demás, actitud que requiere un esfuerzo: “la gracia que cuesta”. Dietrich Bonhoeffer nos habló sobre “la gracia a buen precio” y “la gracia que cuesta” en *El precio de la Gracia*, Ed. Sígueme, Salamanca 1968.

cierra sus entrañas.⁵¹ Y también recordar: *Pues Dios nos encerró a todos en desobediencia para tener misericordia de todos*.⁵²

Para darme una respuesta, solamente me queda escuchar, cabizbajo, aquello que el Maestro y Juez misericordioso dijo en una conocida escena evangélica⁵³, y que, al llegar la hora de mi encuentro final con Él –así lo espero, aún sin saber la hora, ni cómo, ni dónde será–, repetirá directamente para mí:

“– *¡Nadie te ha condenado?*
– *Nadie, Señor.*
– *Yo tampoco te condeno*”⁵⁴.

Entonces, ante la *misericordia*, yo, el *miserero*, sinceramente agradecido y avergonzado, con voz baja –si en aquella hora aún me quedan fuerzas y estoy consciente, porque el recuerdo del accidente, que me dejó sin conocimiento, siempre planea sobre mí–, le responderé:

¡Señor, ten piedad!
¡Cristo, ten piedad!
¡Señor, ten piedad!

Mauro Esteva

1933-2008

Roma, 10 de julio de 2008.

P.D.: Esto que he escrito, al cumplir setenta y cinco años, con la mente todavía clara, es más bien una confesión fruto del contacto con el Cristo fuego, que no aquello que ahora se llama un “testamento espiritual”, porque no os puedo dejar nada ya que nada poseo. Solo debo pedir, una vez más y a modo de Viático, *la misericordia de Dios y la vuestra*.⁵⁵

51 *Sal* 76,8-10.

52 *Rom* 11,32.

53 La mujer adúltera a punto de ser lapidada, pero que fue finalmente salvada.

54 Cf. *Jn* 8,10b-11a. Sin pedirle nada sobre las circunstancias de persona, de lugar, ni número de veces, no la condenó.

55 *Ritual Cisterciense* para empezar el noviciado y a la hora de emitir las profesiones.